

## AGRICULTURA, DESARROLLO RURAL, MEDIO AMBIENTE Y COOPERACION

Sergio Chiesa Duhalde\*

• Ministro de Ganadería, Agricultura y Pesca de la República Oriental del Uruguay. Discurso pronunciado en el III Foro Iberoamericano de Agricultura.

---

Una primera reflexión sobre los temas del título plantea una división temática, que es más aparente que real. Se advierte, por ejemplo, que en todos nuestros países se da un continuo crecimiento económico, liderado en muchos casos por los sectores agrícolas. Se advierte, asimismo, que este crecimiento es imposible de explicar, si no se lo asocia a cada vez más intensos procesos de apertura económica y de reconocimiento del protagonismo del empresario privado a través de la desregulación de los sistemas productivos.

Al mismo tiempo, este proceso de crecimiento se asocia con fenómenos de exclusión y de falta de desarrollo rural. Y finalmente estos procesos también se vinculan con el deterioro del medio ambiente, del espacio geográfico y de los recursos naturales que dejaremos a las generaciones por venir.

Estas asociaciones son, sin embargo, peligrosas, ya que contienen algunos elementos que a veces sugieren cambios en el rumbo político de países como el Uruguay, que no en vano dio su nombre a la Ronda del GATT, que logró más en la intensificación del comercio agrícola, a través de una mayor apertura mundial. Y este rumbo no cambiará.

Por cierto, la globalización, la exposición creciente al comercio mundial, no es la causa de la pobreza y de la necesidad de nuevas políticas de desarrollo rural. La década de los noventa ha generado la mayor cantidad de bienes para nuestras economías, después de veinte años caracterizados por la crisis de la deuda en los ochentas en América Latina, así como por la "década perdida" en materia de crecimiento que fue la de los setentas.

De manera, pues, que el rumbo de crecimiento ha sido retomado, y hoy se considera a América como la zona de la Tierra con mayores esperanzas de crecimiento.

Pero este proceso de crecimiento no ha sido el responsable de la aparición de la pobreza rural. Esto es completamente inexacto. A pesar de ello, es verdad que importantes sectores de la población no han podido adaptarse a los nuevos escenarios y quizás no han logrado realizar las transformaciones necesarias para enfrentar los tiempos que corren.

Sin embargo, no debemos caer en la tentación de frenar el proceso económico en el que vivimos y volver al proteccionismo, el dirigismo y demás planteos que fracasaron.

Es la hora, más bien, de realizar un importante esfuerzo para profesionalizar más las acciones de desarrollo rural. Se ha terminado la época de las soluciones fáciles, tales como la imposición de tarifas aduaneras, restricciones al acceso, fijaciones de precios o compras gubernamentales de las producciones.

El Estado, llamado a cambiar en todo el mundo sus funciones tradicionales, es convocado ahora a otro tipo de desafíos. Uno de ellos es precisamente el combate contra la pobreza rural. Para esto hoy es necesario que el Estado moderno sea muy preciso en los instrumentos y en la definición de la población objetivo a la que éstos se dirigen; y todo ello especialmente

sin distorsionar la asignación de recursos derivada de las naturales relaciones de los precios de la economía.

No debemos olvidar que la solución de estos problemas se vincula con la inversión productiva privada, y ésta con la estabilidad macroeconómica, que en nuestro país depende del cuidado extremo de los equilibrios externo e interno, en lo que el Uruguay viene logrando un éxito notable.

Sabemos muy bien que la proliferación del proteccionismo, particularmente de Europa y los Estados Unidos, impuso muchas veces una verdadera lápida a las posibilidades de crecimiento de nuestras economías, altamente dependientes de las exportaciones de alimentos de origen agropecuario. Barreras al acceso, guerras de subsidios a las exportaciones, desplazamiento desleal de nuestras producciones competitivas de mercados tradicionales, todas estas acciones las han padecido muchos de los países iberoamericanos, para los que proteccionismo es sinónimo de estancamiento o de pobreza rural y ante esto estamos en permanente alerta.

Al mismo tiempo, a muchas de las naciones de América Latina, tradicionalmente importadoras de alimentos básicos, la globalización y hasta el cumplimiento de los compromisos de la Ronda Uruguay se les vuelve un peso difícil de sobrellevar.

Pero si bien entiendo que la tonificación que han supuesto estos procesos para los exportadores de alimentos puede perjudicarlos en el corto plazo, en el mediano es totalmente claro que el suministro creciente de más y mejores alimentos por parte de los países exportadores -y también más baratos- pasa por el aumento firme de la producción, que se da siempre que se aleja el temor de que intervenciones inesperadas de los gobiernos destruyan los mercados. Con el comercio internacional de alimentos agrícolas sometido a disciplina, y con el retroceso del proteccionismo, se producirán más alimentos que nunca por parte de todos aquellos que competimos lealmente en el mercado internacional.

Aun para los importadores de alimentos, el mejor camino es que se despeje la producción mundial de todas las amenazas de intervención inesperada de las tesorerías de los países ricos.

No debe ser, por tanto, el motivo de mayor temor el descenso de los stocks mundiales de alimentos. Mucho peor sería que se mantuviera el temor a exportar por la incertidumbre de los mercados, derivada de la competencia desleal. Si esto ocurriera, esos stocks sólo podrían mantenerse elevados por las intervenciones absolutas de los gobiernos, con el consiguiente desaliento para los países genuinamente productores y exportadores.

No está en nuestro ánimo, por cierto, lucrar con la suerte alimentaria de los países importadores de alimentos. Pero sólo un comercio libre en un mundo cada vez más globalizado dará oportunidades ciertas, genuinas y duraderas de incrementar la producción. Y este aumento de la producción en forma sostenida, a tasas más elevadas que el propio crecimiento de la población mundial, es un elemento insoslayable de la solución a los problemas alimentarios del mundo, aunque no es tampoco el único.

En efecto, el Uruguay ha defendido en todos los foros, y particularmente en la Cumbre de Roma convocada por la FAO, que los problemas alimentarios del mundo derivan sobre todo de la inadecuada distribución de la riqueza, más que de la propia producción de alimentos, capaz de generarlos para el mundo en cantidad y calidad suficientes.

Otro tema que suele enfocarse de modos que con frecuencia se utilizan en un sentido impropio es el del medio ambiente.

Resulta particularmente positiva la creciente conciencia mundial sobre el compromiso ético con el cuidado del medio ambiente contraído con las generaciones que sobrevendrán, pero también con nuestros propios contemporáneos. Sin embargo, las referencias al cuidado del medio ambiente suelen incluir dos equívocos a veces serios. El primero consiste en bregar por

la preservación, por ejemplo, de la vida salvaje, dejando de lado que el primer sujeto de derechos en ese medio ambiente, que a la vez lo transforma, lo fecunda y aun lo deteriora, es el ser humano, quien tiene derecho a la modificación del ambiente para atender a su primer deber, que es la preservación de su vida a través de la generación de alimentos.

En algunos países que ya han protagonizado un gigantesco deterioro ecológico, se enfatiza en la obligación de los otros de preservar sus recursos naturales. Y se llega incluso a querer sancionar en el comercio a naciones que a su juicio no cuidan sus recursos. Ese simplismo es combatido por la OMC, y nos mantendremos en situación de alerta, cuidando que la relación entre comercio y medio ambiente no termine por generar nuevas y más pesadas cargas a los países exportadores.

En cuanto al segundo equívoco, éste deriva de considerar al libre comercio, y su respuesta en incrementos notorios de la producción, como responsable de un mayor deterioro del medio ambiente. Es exactamente al revés. Han sido las inadecuadas políticas públicas las que alentaron la sobreexplotación de los recursos naturales, a través de estímulos desproporcionados a la producción, que, convirtiendo en rentables producciones que no lo eran, pusieron y aún hoy ponen en peligro la conservación del suelo, la pureza de los acuíferos, la flora y la fauna, la biodiversidad.

Discusiones como ésta sobre el medio ambiente ponen claramente de manifiesto que el tema del acceso a los mercados deberá estar en el centro de las discusiones agrícolas en la próxima ronda de la OMC. Muchos son los temas que se pueden argumentar para limitar el acceso a las importaciones agrícolas procedentes de los países eficientes en la producción de alimentos. La preocupación por el medio ambiente, el dumping social, las exigencias técnicas de calidad y otros temas pueden afectar el avance en la liberalización del comercio agrícola. Precisamente la integración del Uruguay en el llamado Grupo de Cairns, que tan buenos resultados dio en la pasada Ronda, tiene como objetivo fundamental seguir batallando por un comercio más libre, sin subsidios, sin trabas al acceso a los mercados.

Hay otro tema al que deseo referirme. Se trata de la distinción que se hace entre empresarios y actores sociales. No comparto esa separación, que habrá que precisar más adelante. Los empresarios, principalísimos actores sociales, no sólo generan riqueza, empleo o bienestar; en el seno de cada empresa se ponen en juego también compromisos éticos y sociales capaces de generar transformaciones hacia adentro de las sociedades. Un empresariado con altos niveles de profesionalismo, con espíritu de riesgo y conciencia social, es un formidable instrumento de progreso, así como de estabilidad de los sistemas políticos.

En cuanto a los otros actores sociales, es cierto que las sociedades intermedias -las empresas también lo son- conforman en cada país un entramado rico de relaciones humanas. Pero si bien su expresión es atendible, y su especialidad puede aportar ideas en el campo del desarrollo rural y de otros temas, debemos tener cuidado con la transferencia de cuotas de poder de decisión política a estos actores. Para las democracias maduras, la decisión política sólo la ejercen los legítimos representantes de la sociedad, electos del modo que corresponde, a través de los partidos políticos.

El peligro del avance del corporativismo hoy es evidente, y hay que estar alerta. La urgencia de los pueblos por resolver problemas inmediatos y la falta de respuesta a veces de los sectores políticos introducen la tentación de acudir a las corporaciones y a su capacidad de incidir mediante mecanismos de presión. No es este nuestro estilo ni está en la tradición del Uruguay, país democrático y abierto en lo político y en lo económico, porque no parece pertinente para una nación presentarse al mundo con una dicotomía en estos dos terrenos.

Por esto es muy claro que la apertura, el mejoramiento de las condiciones de acceso a los mercados domésticos, no es sólo un tema económico. Mucho más que eso, integra los primeros puntos de la agenda del relacionamiento político. Hoy en día es impensable una intensificación del relacionamiento político entre las naciones, sin un proceso claro de avance en la liberación del comercio respectivo.

Por eso es inimaginable un acuerdo político entre el MERCOSUR y la Unión Europea, que excluya a los productos agropecuarios de un proceso de recíproca apertura comercial. Así lo ha manifestado en Portugal nuestro Presidente, el Dr. Sanguinetti, interpretando seguramente el sentir de los cuatro jefes de Estado del MERCOSUR. Las sólidas raíces históricas que tenemos en común con varias naciones europeas, que asegurarían el éxito de un intenso proceso político de integración, no son suficientes para cerrar un acuerdo que no incluya el comercio agropecuario. El comercio de bienes es el comienzo de un relacionamiento más profundo, que luego pasa a los servicios y más tarde a la cultura y a todas y cada una de las expresiones de la conducta de los pueblos.

Además de tener una raíz ibérica que viene de la época colonial, América toda, y en especial los países del Cono Sur, recibieron durante más de un siglo permanentes oleadas de inmigrantes que ayudaron a conformar la propia identidad de nuestras naciones. España y Portugal saben bien que durante todos esos años América recibió con los brazos abiertos a ciudadanos de estas naciones que, con problemas en sus países, venían a dejar su sangre en lejanas tierras que terminaron amando como la propia.

Sobre el sudor de estas generaciones y el de su fecunda descendencia, pueden apoyarse procesos de integración muy fuertes, seguramente exitosos. Pero tiene que comenzarse por una intensificación del comercio general y del agropecuario, en particular.

Iberoamérica, hermoso concepto que evoca tantas cosas comunes, debe escribirse hoy en el lenguaje del intercambio comercial, sin exclusiones. Este es el desafío que propongo.